

# Comentario de Libros

## **"EL GUERRILLERO MANUEL RODRIGUEZ Y SU HERMANO CARLOS".**

**Alejandro Chelén Rojas:**

**PLA, 1964.**

### I

El libro del Senador Alejandro Chelén Rojas: "El Guerrillero Manuel Rodríguez y su hermano Carlos", obtuvo el premio Gabriela Mistral de ensayo, otorgado por la I. M. de Santiago. Su texto abarca 250 páginas y su anexo documental, 50 páginas; lo prologa el distinguido profesor y crítico literario Germán Sepúlveda, señalando los hitos más acusados de la cronología vital del autor y los rasgos más brillantes de su personalidad intelectual y política. Alejandro Chelén es un lector apasionado y voraz de obras históricas, literarias y sociales, cualidad de la cual fluyen su vasta información y sus atinadas y eruditas intervenciones en la política y el periodismo. Y su cualidad anotada se enriquece con su múltiple actividad práctica. El profesor Germán Sepúlveda capta este perfil humano del Senador Chelén, en líneas sagaces: "Inmune al pecado de formalismo intelectual, por el contrapeso de su trato directo con las personas, las cosas y las ocupaciones más heterogéneas, charla de manera entusiasta e incitante, con referencias peregrinas a episodios de la vida propia o ajena. Su concepto llano y torrencial de la amistad obtiene de la gente aprobación afectuosa para las observaciones festivas y socarronas con que salpica los diálogos".

Su obra histórica, "El Guerrillero Manuel Rodríguez y su hermano Carlos, precursores de la democracia y la libertad", según el juicio exacto de su prologador, es el "producto no de un sistemático profesional de la historia, sino de un improvisado cultivador de ella, cuyo carácter de autodidacta otorga peculiar encanto al libro", y, por tanto, "no pretende ser una lección para los investigadores de ofi-

cio. Representa la palabra de un hombre encariñado con el destino de Chile por virtud de sus experiencias y de sus lecturas. A ello se agrega su calidad de militante socialista investido de una senaturía de la República. No obstante todo eso, el libro suyo es un esfuerzo serio por respetar y destacar los fueros de la justicia histórica y, sin perjuicio de señalar hechos y consideraciones de aparente irreverencia".

### II

El volumen en referencia se inicia con una amplia introducción sobre el proceso de la independencia, fijando sus acontecimientos más importantes y el brillante papel desempeñado por los hermanos Manuel, Carlos y Ambrosio Rodríguez Erdoyza. Todos eran abogados, poseedores de una inteligencia y de una cultura poco comunes para la época y, políticamente, revolucionarios con un amplio criterio republicano. En este aspecto mantuvieron una estrecha amistad con José Miguel Carrera, caudillo heroico y decidido enemigo de la monarquía. Después del examen objetivo de sus ideas y sus actitudes, se puede afirmar que ellos "representan, con toda propiedad, los primeros gérmenes de democracia en el ambiente político de nuestro país".

Alejandro Chelén consagra la parte inicial de su libro a Manuel Rodríguez, el guerrillero; y la segunda, a Carlos Rodríguez, actor destacado en la llamada "era de la anarquía". En la descripción de la vida y hechos de los Rodríguez Erdoyza se comprueba un trágico paralelismo de su destino con el de los Carrera. Ambas familias fueron arrasadas por la

saña implacable de O'Higgins y San Martín, no obstante su comportamiento honroso en los instantes decisivos de su actividad ciudadana y, en general, por sus servicios esclarecidos a la patria naciente.

Manuel Rodríguez pereció asesinado a traición, en 1818; su hermano Ambrosio, falleció aniquilado por los destierros y por la persecución enconada, en 1821; y su padre Carlos Rodríguez Herrera y Zevallos, murió agobiado por los sufrimientos y por la abominable coerción de las autoridades o'higginianas. Le vejaron en forma constante, le destituyeron de su cargo y le relegaron a La Serena. Mientras permanecía en esa ciudad, le allanaron su casa, y en su reemplazo para herirlo en su dignidad patricia, O'Higgins designó a un tal Mariano Lefebre, realista fervoroso y declarado enemigo de los patriotas durante el período de la Reconquista, a quien debió castigar, por sus provocaciones, don Carlos Rodríguez. (Y en el gobierno, a la cabeza del Ministerio de Hacienda, otro realista contumaz, el ex auditor de guerra de Gabino Gaínza, el "chillanejo" José Antonio Rodríguez Aldea, hombre de confianza de O'Higgins cometía toda clase de atropellos en contra de los patriotas, y favorecía la más variada gama de negociados y latrocinios en beneficio de aventureros y especuladores). El venerable anciano falleció en febrero de 1822, con motivo de los abusos y dolores soportados a lo largo de varios años. Idéntico martirio experimentó la familia Carrera. Primero cayeron fusilados, en forma incalificable Juan José y Luis; en seguida, O'Higgins cometió la vileza de hacerle notificar a su padre, el venerable anciano don Ignacio de la Carrera, quien fuera miembro de la Primera Junta Nacional de Gobierno, el pago de los gastos de la prisión y del patíbulo de sus dos hijos, lo cual lo derrumbó y mató, en 1819; y, finalmente, a José Miguel, se le asesinó en la misma ciudad de Mendoza, en 1821.

Son innumerables los documentos en los cuales se exhibe el odio inagotable de O'Higgins por los Carrera y los Rodríguez, y sus partidarios y, por tanto, probatorias de su deliberada y encarnizada acción para exterminarlos. En el fondo, tanto O'Higgins como San Martín, realizaron una política de inexorable aplastamiento de los elementos republicanos de tendencias radicales. De otra manera no se explica el asesinato de Manuel Rodríguez, personificación legendaria y romántica, de la lucha sin cuartel del pueblo chileno por su independencia. Alejandro Chelén detalla con abundantes testimonios el firme y decidido

comportamiento de Manuel Rodríguez durante la patria vieja; su decisiva y épica hazaña en la reconquista; y su atinada actuación después de la victoria de Chacabuco, en la provincia de Colchagua, en severo cumplimiento de órdenes expresas, desmintiendo en forma categórica las tradicionales aseveraciones en el sentido de excederse en su mando y que, por ello, habría caído en desgracia. La correspondencia intercambiada entre O'Higgins y San Martín, en 1817, demuestra ya un propósito claro de eliminarlo, a pesar de su mérito y de sus servicios prestados. San Martín se mueve con más sigilo y aconseja que **"a la primera que haga, le damos el golpe en términos que no lo sienta"**. A O'Higgins no le agrada tal procedimiento dilatorio, porque **"Manuel Rodríguez es bicho de mucha cuenta... Convengo con Ud. que se haga la última prueba, pero, en negocios cuya importancia sea demasiado consideración, es preciso proceder con tiento. Haciéndolo salir a luz, luego descubrirá sus proyectos, y si son perjudiciales, se le aplicará el remedio"**. O'Higgins deseaba aniquilar en el acto a sus opositores. En carta al gobernador de Mendoza, Tomás Godoy Cruz, de fecha 28 de septiembre de 1821, le expresa estas horrendas palabras en la pluma de un jefe de gobierno chileno: **"Para Ud. estaba destinada la gloria de exterminar la turba anarquista y a su atroz caudillo que ha devastado esas provincias y comarcas y embarazado el progreso de libertad e independencia de América del Sur... Muy reservado: No está aún vengada la muerte de nuestro Morón, mientras exista el asesinato José María Benavente, ni menos asegurada la tranquilidad de esas provincias y esta república; sin este hombre, Carrera no habría emprendido la malograda empresa... Si, mi amigo, Benavente, sea del modo que fuese debe morir; no trepide Ud. en tal resolución si no quiere Ud. llorar después y que lloremos todos. Los amigos todos me han pedido signifique a Ud. la necesidad de este paso justo y preciso"...**

Según cartas exhibidas por Alejandro Chelén en ese mismo año de 1817 O'Higgins ya había decidido también la muerte de los Carrera. El 27 de agosto de 1817 le escribía a San Martín: "... Su existencia es incompatible con la seguridad, buen éxito y tranquilidad del Estado, y ya no es posible tolerarlos por más tiempo. Es de rigurosa justicia un ejemplar castigo con ellos"... El 9 de septiembre de 1817, al saber por San Martín informaciones de los Carrera, le decía: "Nada me extraña lo que Ud. me dice de los Carrera. Siempre

han sido lo mismo y sólo variarán con la muerte. Mientras no la reciban, fluctuará el país en incesantes convulsiones, porque siempre es mayor el número de los malos que el de los buenos... **Desaparezcan entre nosotros los tres inicuos Carrera. Júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América**...

José Miguel Carrera lo sabía y así lo dejó establecido en sus conversaciones con Manuel A. Pueyrredón, mientras eran conducidos a Mendoza. En su memoria Pueyrredón anotó estas confidencias del prócer: "Mis enemigos son implacables, hicieron perecer a mis hermanos ¿cree Ud. que me han de dejar con vida a mí? ¡Oh! no, tendrán mi vida, sí, tendrán mi vida, pero ni aún así quedarán satisfechos. ¡Ojalá fuera este el último sacrificio! Por lo que hace a la muerte, yo no la temo; he pensado mucho en ella y estoy completamente familiarizado con esta idea. Como yo sabía lo que me esperaba, me he preparado para ese trance. Además, **¿qué es la muerte? Estoy persuadido que es una sombra oscura que pasa**".

Así como felicitaba a Tomás Godoy Cruz por el fusilamiento de los Carrera, O'Higgins en vez de castigar a Antonio Navarro, el sicario encargado de asesinar a Manuel Rodríguez, lo ayudó y trató de ponerlo a cubierto de todo castigo.

Alejandro Chelén, resume en estas frases la actitud de Manuel Rodríguez y la causa de fondo de su muerte: "Manuel Rodríguez, abogado, guerrillero, tribuno, patriota esclarecido, libertario por naturaleza, aborrecía toda clase de tiranía, monárquica o republicana, chilena o extranjera. Conspiró contra O'Higgins porque no podía aceptar su autoritarismo cesáreo, su dependencia de los argentinos, su persecución odiosa a quienes no se doblegaban a su voluntad omnipotente. Como no pudieron vencerlo ni con prebendas ni amenazas, fue necesario recurrir al crimen para destruirlo. Era el único camino para que la dictadura sobreviviese".

La popularidad de Manuel Rodríguez y su carácter recto, enemigo de toda dictadura, lo alzaban como un peligroso adversario ante O'Higgins, inclinado al despotismo y al favoritismo adulador. Y, en efecto, sus últimas actuaciones dirigidas a promover un movimiento de opinión que pusiera término al régimen militar absolutista, fijando reglas al ejercicio del poder y dando intervención al pueblo en el gobierno, lo dejaron claramente establecido y, a la vez, decretaron su destino inexorable.

### III

Al señalar, Alejandro Chelén, el papel histórico desempeñado por Carlos Rodríguez Erdozsa, se detiene primero en el examen de la administración de la caída de O'Higgins, porque el cuadro exacto de los principales acontecimientos de ese periodo permite juzgar con precisión la actuación del combativo y vehementemente hermano del guerrillero, el único sobreviviente de la familia Rodríguez. Su análisis de la dictadura de O'Higgins, es severo y sus numerosos errores provienen, a su entender, de un grave defecto del prócer: falta de personalidad frente a sus consejeros de turno; y acusado odio y rencor hacia quienes eran sus adversarios. Ahí reside el origen de sus mayores fracasos hasta caer a comienzos de 1823. Su sucesor, Ramón Freire, patriota de noble carácter, inicia un período de plena libertad. El autor detalla las grandes luchas ideológicas de la época; la formación de las corrientes doctrinarias y de sus personeros, bases de los partidos políticos; las reformas propiciadas y las conquistas logradas; los éxitos y los desaciertos, hasta caer derrotado el liberalismo en los campos de Lircay y sucumbir toda esta etapa de libertad, mal llamada de "anarquía política", bajo la dura dictadura portaliana y pelucona, restauradora del conservantismo colonial.

En este lapso de ocho años, Carlos Rodríguez jugó un papel brillante como diputado, Ministro de Estado, (1827-1829), y Ministro de la Corte de Apelaciones y, en seguida, de la Corte Suprema. Buen orador y polemista, se le respetó por su hombría de bien y su acrisolada probidad. En uno de sus discursos se definió así: "Siempre he sido idólatra de la libertad y jamás me sometí al despotismo, sea por sentimiento o porque nací en una clase que, aunque no era rica, no era mendicante. Mi padre, como un empleado, nunca careció de recursos para educarnos"... Carlos Rodríguez mantuvo una posición liberal nítida, sólida y consecuente en todos los actos de su vida política. Aunque era amigo entrañable del gran patriota José Miguel Infante, no compartió su federalismo, porque él era ferviente partidario de la República unitaria y democrática. Defendió con ardor la libertad y las leyes, y como Ministro de la Corte Suprema de Justicia, fue inflexible en la aplicación de la ley. Al finalizar su oficio a la Corte de Apelaciones expresaba: "La recta y puntual administración de justicia es una de las fuentes principales de la felicidad del ciudadano, y el medio más seguro de perpetuar

en las naciones el orden, la paz y todos los demás bienes que son el objeto de la sociedad”.

En todo sentido su actividad política y su obra reformista fueron intensas y de alta significación, por lo cual es injusta y parcial la actitud de los historiadores al silenciar su papel, o al desfigurarlo, por espíritu mezquino de partido o presión de intereses sórdidos y reaccionarios. Por lo demás, el senador Alejandro Chelén, posee toda la razón cuando afirma que la mal llamada “era de la anarquía” no es un “borrón de la historia patria”, pues tal criterio es equivocado dado que la iniciación de la democracia chilena tiene su origen en ese período y las ideas liberales democráticas triunfantes decenios más tarde, nacieron de las semillas derramadas por los pipiolo en este fecundo despertar republicano de 1823 a 1830.

A fines de 1831, Carlos Rodríguez fue desterrado al Perú. Se radicó en Lima, en íntimo contacto con el numeroso grupo de exilados chilenos, reunidos en torno a Ramón Freire. Aquí polemizó con José Joaquín de Mora, quien de doctrinario pipiolo se pasó a panegirista de O'Higgins, y a raíz de ese incidente, se enredó en otras disputas con personeros del dictador y, por ese motivo, denunció con inigualada virulencia la administración del Director Supremo, sacando a luz todos sus terribles abusos, negociados y corruptelas.

La vida de Carlos Rodríguez fue dolorosa. Estuvo desterrado en Argentina, donde le atacó una grave enfermedad y se le confinó por más de un año en la isla Martín García, y mientras sufría físicamente lo indecible, a sus dos hermanos y a su padre se les abatía en Chile, agravando sus males con el dolor moral. Regresó a la patria en 1823, y actuó con gallardía y talento en sus luchas, hasta ser desterrado al Perú, en 1831. Aquí de nuevo sufrió vicisitudes diversas amén de las violentas polémicas con Mora y O'Higgins. Regresó a su país, pero el gobierno de Prieto lo persiguió y no le reconoció ni siquiera su sueldo de Ministro de la Corte Suprema de Justicia. Pero no capituló y murió dignamente el 23 de octubre de 1839 y en forma consecuente con sus ideas y con su vida.

A. Chelén entrega vastos antecedentes sobre el período durante el cual batalló Carlos Rodríguez Erdoyza y sólo la lectura directa de esta densa obra puede entregarnos su riqueza profunda. Un comentario, como éste, no puede conseguirlo ni remotamente. En su

juicio final A. Chelén resume así su importancia: “Antecedentes históricos que no han sido divulgados correctamente, ubican a Carlos Rodríguez Erdoyza entre los primeros y más ardientes impulsores de estos ideales, conformados en base a un sistema de democracia, de libertad y de justicia. Sus luchas, sufrimientos y persecuciones, templaron sus convicciones liberales y dieron a su carácter una acerada combatividad que lo hizo invulnerable a las lisonjas e intrigas de sus adversarios. Al juzgársele políticamente, podemos afirmar que fue uno de los pocos liberales de ese período que se mantuvo fiel al ideal abrazado”.

El libro de A. Chelén Rojas es de lectura apasionante y, sin duda, abre una nueva perspectiva sobre un interesante y discutido período de nuestra historia. Aunque trata fundamentalmente el escenario político y centra su visión en la actividad de algunas grandes individualidades, entrega un animado cuadro de aquella turbulenta época.

J. C. J.

#### CHILE VISTO POR LOS TRABAJADORES

Oscar Núñez.

PLA, 1964.

El líder de los trabajadores chilenos, hurtándole tiempo a la absorbente tarea que implica la dirección de la Central Unica de Trabajadores, ha elaborado un libro polémico, de intensa actualidad social, nutrido en el vigoroso pensamiento de lucha que caracteriza al organismo máximo del sector laboral y que es una verdadera radiografía de nuestro país. Su enfoque, necesariamente, es clasista; la realidad económica y social de Chile vista por un trabajador, a la luz de los intereses, conciencia y fines de la clase trabajadora. Es un libro que va directamente al centro de su objetivo, sin detenerse en escarceos teóricos ni en rodeos inútiles. ¿Cuál es su propósito? Demostrar que Chile es un país dotado de la capacidad y los medios para procurar bienestar a las mayorías nacionales, pero que se debate en la insuficiencia y la necesidad por obra de una política interesada y reaccionaria, puesta al servicio de una minoría detentadora de la abundancia y los privilegios. Ciertamente que la tesis es sustantiva y toca al corazón mismo del porvenir de nuestro país. La suerte de las masas, su miseria y abandono, es la suerte

del pueblo en general. Un bajo nivel de consumo de las clases trabajadoras necesariamente se refleja en un bajo nivel de producción industrial. La miseria del pueblo define y caracteriza el perfil de la nacionalidad. No podemos, ni lejanamente, hablar de desarrollo económico cuando un sector de la población, el campesino, cuantifica su poder de subsistencia en cuarenta veces menos que el sector oligárquico. No hemos de medir la prosperidad de Chile por el número de coches de lujo que puede adquirir el dueño de una fábrica textil. Oscar Núñez polariza su crítica en el examen de la gestión del actual gobierno. Pensamos que para probar la ineficacia, quiebra y fracaso de un régimen: el capitalista.


¿Es producto de nuestra pobreza material y humana la crisis que vivimos? El autor se contesta enfáticamente: "Chile, país rico que vive en medio de la miseria". Y enumera los factores que harían de nuestro país una nación potencialmente dotada para satisfacer a un pueblo aún con un mayor número de habitantes. Si existen las condiciones naturales y sociales, ¿qué provoca el agravamiento de una miseria crónica, vieja enfermedad que está destruyendo el irremplazable capital humano? Todo el libro de Oscar Núñez es un eficaz alegato que demuestra con acopio de antecedentes la necesidad de un cambio sustancial de nuestra sociedad. Un cambio político. La clase trabajadora hasta la fecha ha sido la constructora de la riqueza ajena. Dice: "La situación que hemos venido describiendo tiene un nombre: CRISIS. Sí, nuestro país está viviendo una crisis de sistema, que aparece reflejada en todos los aspectos de la vida diaria. Se utiliza el poder político, no para dirigir, sino para actuar en el pro-

vecho de una clase. Se utiliza el poder político para crear y mantener un régimen jurídico interesado y al servicio de las minorías".

Oscar Núñez, como dirigente máximo de los trabajadores chilenos, es un hombre lleno de fe y confianza en la responsabilidad y madurez de sus dirigidos. Es una verdad incuestionable. La construcción del socialismo no ha sido obra de factores extraterráneos: ha sido obra de los trabajadores. Y ahí tenemos la prueba más objetiva de su capacidad creadora.

Oscar Núñez postula la participación activa de los obreros organizados en las metas, elaboración y realización de los planes de la nación. Es el sector más activo y de él depende el éxito o el fracaso de toda política nacional. El autor valora en su cabal estimación el papel que desempeña la planificación en el proceso de vida de un país. Una planificación técnica, pero no exclusivamente de gabinete, sino la funcional, viva, orgánica, una planificación que consulte el multiforme juego de factores que una sociedad plantea a sus conductores. ¿Es capaz de participar el obrero chileno en una tarea de esta naturaleza? Oscar Núñez es taxativo al afirmarnos que nos encontramos ante una clase social apertrechada por la experiencia laboral y el conocimiento de su rol político.

"Chile, visto por los trabajadores" es un libro que conforta, transmite seguridad, alecciona por su optimismo y su fe en el porvenir de Chile. Está escrito en un lenguaje directo, sin tecnicismos ni recargo estadístico, destinado a servir de instructivo mensaje a los trabajadores chilenos. Oscar Núñez revela su inquietud y laboriosidad que lo hacen un dirigente empeñado en servir positivamente a su organización y al pueblo.— G.



SAN MARTIN 136

**LIBRERIA  
LATINOAMERICANA**

**UN COMPLETO STOCK  
DE LITERATURA SOCIAL**

Suscripciones a las Revistas:  
MONTHLY REVIEW, selecciones en castellano.  
ARAUCO, tribuna del pensamiento socialista.

**CREDITOS**

Fono 63904